

los hechos ya muy conocidos que motivaron la acusación; cuenta las diferentes escenas de mala inteligencia y de reconciliación que hubo entre los dos oficiales; los lleva á ambos hasta el umbral de la puerta del pabellon militar, y continúa en estos términos:

—«Reinan por todas partes las tinieblas; apenas las disipa una luz débil en el cuarto de De Mercy; derramará su pálida claridad sobre una escena conmovedora. De Mercy quiere un desafío sin testigos. Se apresura, porque puede llegar alguien, el teniente Gressien quizás; se quita el uniforme; Rozier imita su ejemplo; ya no puede retroceder. De Mercy saca su sable recién afilado, se precipita sobre Rozier, que no está en guardia, se le clava en el costado izquierdo y le tiende á sus piés. La víctima es inmolada: ya no volverá á levantarse; el golpe, el único que ha sido dado por una mano segura, es mortal. Pero Dios ha permitido que Rozier, antes de espirar, conservase toda su razón, y que su alma, sus palabras, viniesen á ilustrar vuestra justicia y á denunciar á la ley ese atentado execrable. Oís, De Mercy, esa voz acusadora, ese acento desgarrador que turba vuestras noches: ¡socorro! ¡socorro! ¡asesino! ¡oh! ¡cobarde! ¡infame...!»

»¿Qué pasó después de aquella escena lúgubre? De Mercy deja que su víctima tendida á sus piés se agitate en las últimas convulsiones de la agonía. ¿Es esa, señores, la actitud de un hombre bueno y leal? ¿Es esa acción propia de un carácter recto y humano? ¡Ah! todos vosotros habeis asistido á desafíos. ¿No habeis visto siempre que después que caía el adversario se volaba á socorrerle, se le tendían los brazos, se tiraba lejos, muy lejos, aquella arma fatal que el honor y las mas veces, el honor mal entendido, habia puesto en vuestra mano? Se ruega á Dios, pidiendo perdón, que conserve aquella vida tan querida y preciosa.

»Sí, De Mercy, solo vos, solo un asesino, puede permanecer impassible y dueño de sí mismo.

»Reparásteis el desorden del cuarto, envainásteis vuestro sable ensangrentado y le colgásteis en el sitio de costumbre; preparásteis todas las cosas para engañar á las miradas investigadoras y hacer que fuesen posibles las esplicaciones que imagináseis. Así rompísteis uno de vuestros floretes por cerca de su extremo; intentásteis, pero en vano, hacer lo propio con el otro, á fin de que se creyese en un combate empeñado lealmente. No os decidísteis, en fin, á ir á buscar auxilios, sino cuando lo juzgásteis inútil para Rozier, pero cuando sabíais que seria comprometido para vos tardar demasiado en pedirlos.»

Luego, recordando las diferentes esplicaciones que en pocas horas habia dado De Mercy acerca de aquel suceso fatal, M. Chaumeil de Stella, exclamó:

—«¿Es ese, por ventura, el lenguaje invariable del hombre que dice la verdad y que nada teme? ¡Ah! ¡es que la víspera habia visto que su primera versión no hallaba crédito alguno, y entonces todo lo cambió. Poco antes era Rozier quien habia ido á provocarle, á insultarle... Después era Rozier quien habia ido amistosamente á su cuarto á tirar el florete. A con-

secuencia de una observación hecha por el comandante, dijo ya que el florete no se habia roto por sí solo, sino que lo rompió Rozier.»

»Examinad esos floretes, y vereis que uno de ellos nunca ha servido, porque los pases y los golpes parados dejan siempre una huella visible en el acero y en las aristas; en el otro, por el contrario, se ven muy patentes. Consiste en que Dammer, maestro de esgrima del acusado, hizo uso de él, un día, por hallarse roto el suyo.

»Tres días después, De Mercy, hizo constar una herida que era imposible, en razón á su posición y á su forma; el médico no puede definir si es un rasguño ó un grano seco; se halla en el hoyo exterior del codo. Un sable, y sobre todo el de Rozier, que no estaba afilado, en un asalto ó en un combate nunca puede causar tal pinchadura.

»¡Ah! De Mercy, vuestra alma está turbada, os hallais acorralado; vuestra razón se extravía, el crimen os asusta ahora que veis la espada de la justicia suspendida sobre vuestra cabeza. Rasgais vuestra camisa, cortais vuestra elástica de franela; todo eso revela vuestro crimen y el desorden de vuestra imaginación asustada. La picadura simulada y las rasgaduras no corresponden en manera alguna entre sí: la elástica de franela está cortada con un filo muy agudo como el de un corta-plumas; no hay en ella una sola gota de sangre, aunque estaba inmediata á la piel; la piel está rasgada como con un clavo. Y reflexionásteis durante tres días y tres noches para hallar ese argumento...! Acorralado en vuestros últimos atrincheramientos, os refugiáis entonces detrás del olvido y la embriaguez. Vais á buscar una excusa tan trivial y ridícula en esas vulgaridades que invocan invariablemente todos aquellos que carecen del valor suficiente para sostener sus actos, ó que tienen que defender una causa desesperada.

»¿Y qué, de nada os acordais después de tal escena? ¡Eso es querer negar la naturaleza humana! En el café hablásteis durante mucho tiempo con Rozier, le seguisteis á todas partes; observaron vuestra sangre fría, vuestro aspecto habitual; todas vuestras palabras anunciaban la razón, la memoria, é invocais la embriaguez y el olvido! Verdad es que habíais bebido, que tal es vuestra costumbre; pero en aquel día al beber buskásteis la fuerza y la energía necesarias para cometer el crimen, nada más. En casa del doctor Bonnet teníais el aspecto de un asesino, pero no de un hombre ébrio; la sed de sangre, cuando acaba de saciarse tan cruelmente, puede alterar las facciones y la fuerza física mucho mas aun, que la embriaguez. Los que os vieron antes y después del crimen, dicen unánimes que sabíais perfectamente lo que hacíais.

»¿Sostendreis todavía que fuisteis provocado? Pero Rozier os habia invitado amistosamente á que fuésteis á su cuarto y á terminar después con su hermano aquel día de fiesta. Vos le apartásteis de su camino, de aquella reunión, de proyectos mas gratos aun, para llevárosle á vuestra casa, y cuando pareció que vacilaba, le cogísteis del brazo para arrastrarle! Desde luego quisísteis hacer que creyesen todas esas